

Paula Tinoco & Laura Duarte



“... El miedo y la curiosidad ante lo desconocido eran dos emociones latentes entre los clanes y las ciudades, quienes sólo esperaban que la criatura portadora de tantas supersticiones y rumores eligiera quedarse en un lugar lejano.

El gran dragón negro merodeaba los cielos nocturnos, inadvertido e indiferente al caos que ya causaba entre los caminantes, eligiendo descansar durante el día sobre riscos y montañas, y volver a emprender el vuelo cuando el manto nocturno dormía al continente.

La presencia de la criatura aumentaba la tensión en los habitantes del continente, pues, no se sabía si representaba realmente una amenaza o no. Algunos grupos de guerreros fueron comisionados para ir a cazarlo, sin éxito; otros se lo topaban por curiosidad en medio de alguna incursión por los bosques y corrían con la suerte de poder contarlo luego, así que el dragón se había vuelto una señal de incertidumbre por su naturaleza impredecible... devoraba algunos y dejaba ir a otros”.

—Se te dan bien las historias, muchacho.

—Y eso que no me ha escuchado cantarlas.

La figura, encorvada contra la barra de madera embarnizada, se incorporó a medias y movió los brazos bajo la capa que escondía sus facciones; para sacar una lira, captando la atención de su interlocutor: un tipo de aproximadamente dos metros de alto; una contextura ancha, como de cuerpo y medio de alguien promedio; piel oscura y pómulos prominentes, quien no disimuló su curiosidad e inclinó su rostro hacia un costado al escuchar tal instrumento, poco común en el continente, salvo claro, por un reino a miles de kilómetros. El sujeto se encogió de hombros, tomó el vaso del recién descubierto músico para llenarlo de nuevo de cerveza, y sonrió de forma amable por unos segundos, esperando que el chico bebiera un sorbo, mientras él se rascaba la nuca y movía su cabello trenzado en drellos con algunas canas, las cuales daban pista de su edad.

—Ya habrá oportunidad. —Soltó una risa, aparentemente resuelto a retomar la cortesía sencilla de la charla anterior, y le palmeó el hombro.

—¿Oportunidad de qué, grandote? —Una voz suave interrumpió al dueño de la fonda. Una mujer, de brillantes iris púrpuras contra el profundo negro de sus escleróticas y piel demasiado pálida, apareció como una sombra y se sentó junto al músico, interrumpiendo cualquier intento de explayarse más para impresionar, quitándole el vaso de la mano, robándole un sorbo y entregándoselo de nuevo—. Sírveme uno de esos, por favor. Y luego el cuentero nos sigue hablando sobre esa cosa voladora.

El músico suspiró, habiendo perdido el hilo de todo, y se dió vuelta para encararla, enarcando una ceja.

—No es cortés beber del vaso de un desconocido. ¿Vas a pagarme una ronda?

—La cortesía no es algo que se espere en una fonda —ella lo vio de pies a cabeza, sin disimular su escrutinio crítico, arrugando la nariz—.

Aunque, si estás entreteniendo a Ygnar probablemente ya tienes algunas cervezas ganadas.

El enorme fondista amplió la sonrisa y le extendió su mano con cuidado, sus grandes dedos abarcaban y cubrían los ajenos por completo cuando el otro aceptó el gesto. El músico se fijó mejor en su rostro notando sus escleróticas negras con iris de color dorado.

—Debí presentarme antes. Soy Ygnar, un gusto.

—Lo mismo digo.

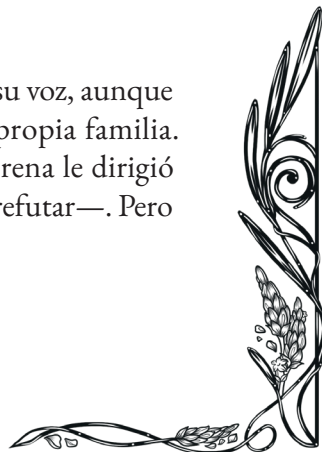
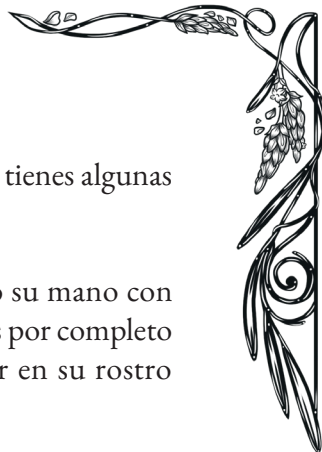
—¿Y tu nombre es...? —inquirió la desconocida, alargando las palabras.

—Te lo digo si me invitas a comer primero.

Notó cómo ella rodaba los ojos y, mientras la escuchaba bufar con irritación y seguramente maldecir su existencia entre dientes, prefirió fijar su atención hacia el costado del dueño, adonde llegaba una muchacha pelirroja de piel morena, quién estaba envuelta en varias telas, su falda llena de trapos y en sus manos papeles con órdenes de las mesas del lugar. Era un caos organizado.

Ella le dio un asentimiento como saludo, se amarró el cabello en una coleta alta, dejando a la vista sus orejas redondas y humanas, antes de cambiar su foco de atención hacia la otra mujer, quien no terminaba de desearle la muerte, o algo.

—Esta noche no te voy a apartar un barril, Alana —su voz, aunque dulce, salió como un regaño recordando al músico su propia familia. Alana respondió con un sonido de queja, a quien la morena le dirigió una mirada severa y fraterna callando cualquier ánimo de refutar—. Pero hay a quien sí le aparté comida.



De pronto se escuchó un chillido sutil y un animalito se asomó por el cuello de Alana, escondido entre su abundante cabello negro. Un ratón, pequeño y escurridizo.

—Tu familiar —dijo sin pensar, haciendo que la atención de los tres volviera a volcarse sobre él. Alana lucía como si hubiera olvidado su existencia en segundos y el sonido de su voz la hubiera sobresaltado, volteó a verlo directamente mientras acomodaba al ratón en la mesa.

Sonrió, cruzándose de brazos y haciendo el escrutinio esta vez, absorbiendo mejor la imagen de quien tenía delante. El pensamiento de que podría acomodarse en una esquina mal iluminada, dándole la espalda, y pasar desapercibida, casi le provocó una risa.

—Los familiares reflejan la naturaleza de sus dueños —prefirió continuar con lo anterior para evitar reírse en su cara y mejor llevar una charla civilizada en aras de mejorar su primera impresión, o tal vez porque en medio de su actitud grosera y su oscuridad, tenía su encanto.

—No soy su dueña.

—Pero sí eres escurridiza —aunque quizás también encontraba cierto gusto en jugar con los límites de su paciencia y ver sus reacciones. Todavía no decidía.

—¿Vas a seguir contando el asunto del dragón, niño bonito?

—Ah, ya ¿tan pronto caes por mis encantos?

Ella se limitó a soltar una risa nasal y cínica. Él esperó que dijera algo más, sobre todo ante las miradas curiosas de Ygnar y la humana. Pero no salió palabra alguna; en cambio, se mantuvo viéndolo y bebió su cerveza. Él la imitó, sintiendo una electricidad extraña en el ambiente.

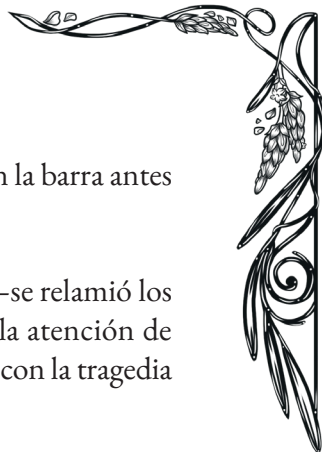
Paula Tinoco & Laura Duarte

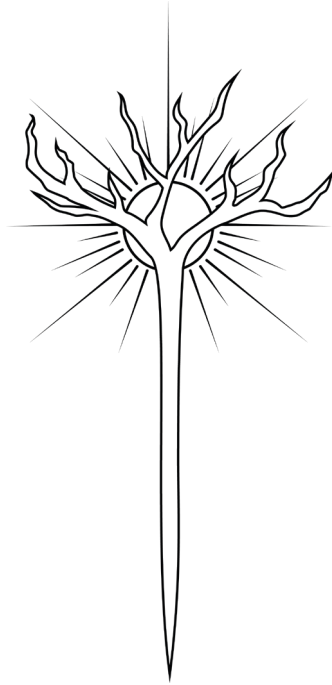
Carraspeó y se sentó más erguido, dejando el vaso en la barra antes de pasar los dedos por las cuerdas de su lira.

—Bueno... Ya que tengo un público tan dispuesto —se relamió los labios y dejó sonar un par de notas aleatorias, captando la atención de algunos clientes—. La historia de la cosa voladora empieza con la tragedia de una princesa enviada por su padre a morir.

—¿Conocida tuya?

Él sonrió solamente, se bajó la capucha y, sin dar tiempo a protestas, empezó a tocar.







Capítulo I

DEBER

Entre todos los reinos, el Reino de Zetyron siempre había sido próspero y cuidado por los grandes árboles del continente como una estructura inquebrantable y perfecta. Pues, todo lo que la corona tocaba estaba bañado por una primavera eterna, donde el sol se mantenía radiante y la brisa fresca; el verde era impoluto y la mayoría de sus calles principales estaban hechas de piedra clara, haciendo brillar los caminos con los rayos del sol y los reflejos de la luna.

Alrededor de los gruesos y colosales troncos se hallaban sus casonas, las cuales ostentaban fachadas simétricas pintadas con colores tierra y detalles en blanco, así como techos altos coronados por tejas rojas, balcones ornamentados y ventanas enormes con celosías talladas en madera o hierro forjado; todas diseñadas para robar el aliento y hacer honor a las formas de las hojas, las ramas y los ríos. Sin duda, el árbol de la familia real era el que más destacaba, con su copa ancha y tupida entregando una sombra de frescura, permitiendo ver plenamente la extensión de las grandes construcciones del gran palacio blanco alzado con orgullo como el pilar del Reino; hogar del Héroe y refugio del rey más longevo: El castillo de la familia Vereban, los fundadores.

—Majestad, recomendaría detener el envío de exploradores hasta que tengamos más claridad sobre...

—Lo único que espero escuchar de tu boca, Aekerman, es cómo tumbar a esa maldita cosa del cielo de una buena vez.

Hubo un momento de silencio en la sala del trono mientras el noble veía a su rey paseándose de un lado a otro, consternado y ansioso como nunca antes. Una enorme pluma negra reposaba junto al trono, más larga que un caballo.

—Lamento decepcionarlo, majestad.

La respuesta neutral y demasiado tranquila le sacó un resoplido exasperado al monarca, quien se detuvo solo para mirarlo, apretándose el puente de la nariz de puro estrés.

—Fuera de mi vista.

No recibió resistencia. Lo vio inclinarse ante él, corregir el aspecto de sus ropas y retirarse con pasos largos y lentos hasta que la gran puerta de la sala se cerró dejando un ensordecedor eco el cual le recordó su soledad. El rey se permitió maldecir en el viejo idioma mientras se sentaba en el trono, alto como las ramas del mismo árbol donde estaba; en ese instante, la corona en su cabeza y las ramas gruesas brillaron de un dorado tenue, que palpitaba recordando la vida circulando en el bosque. La vida que él mantenía bajo su control y designio.

La sala del trono, ubicada en la primera planta, era una representación ideal de la magnificencia del palacio, su techo alto y abierto sostenido por arcos y pilares de piedra que daban paso a puertas y escaleras hacia las alas privadas superiores; así como sus enormes ventanales de madera tallada con detalles exquisitos emulando las complejidades de las ramas, permitían el paso de la luz natural, y destacaban las decoraciones dentro. El enorme trono estaba en el extremo opuesto al portón de la sala, alzado sobre una alta plataforma de madera pintada con diseños orgánicos dorados y blancos, a la cúspide de seis

escalones, construida sobre el intrincado de raíces que lo conformaban desde abajo y lo conectaban al árbol real.

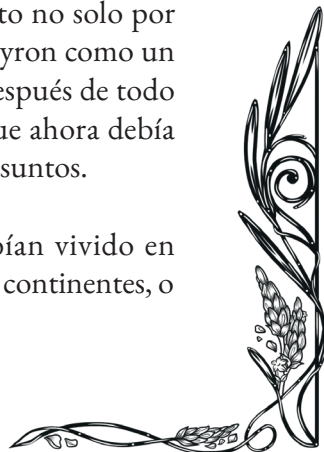
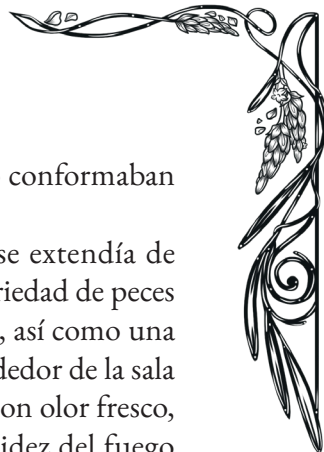
El suelo, de baldosa artesanal pintado a mano, se extendía de esquina a esquina; una piscina de aguas claras con una variedad de peces coloridos nadando daban la bienvenida a quien ingresara, así como una fuente en el centro con agua circulando. En los arcos alrededor de la sala colgaban jardines flotantes llenos de orquídeas y hierbas con olor fresco, algunos postes con antorchas apagadas prometían la calidez del fuego durante la noche, haciendo bailar destellos naranjas en las paredes y el estandarte de la familia real permanecía grabado en los tapices colgados suavemente en las paredes detrás del trono.

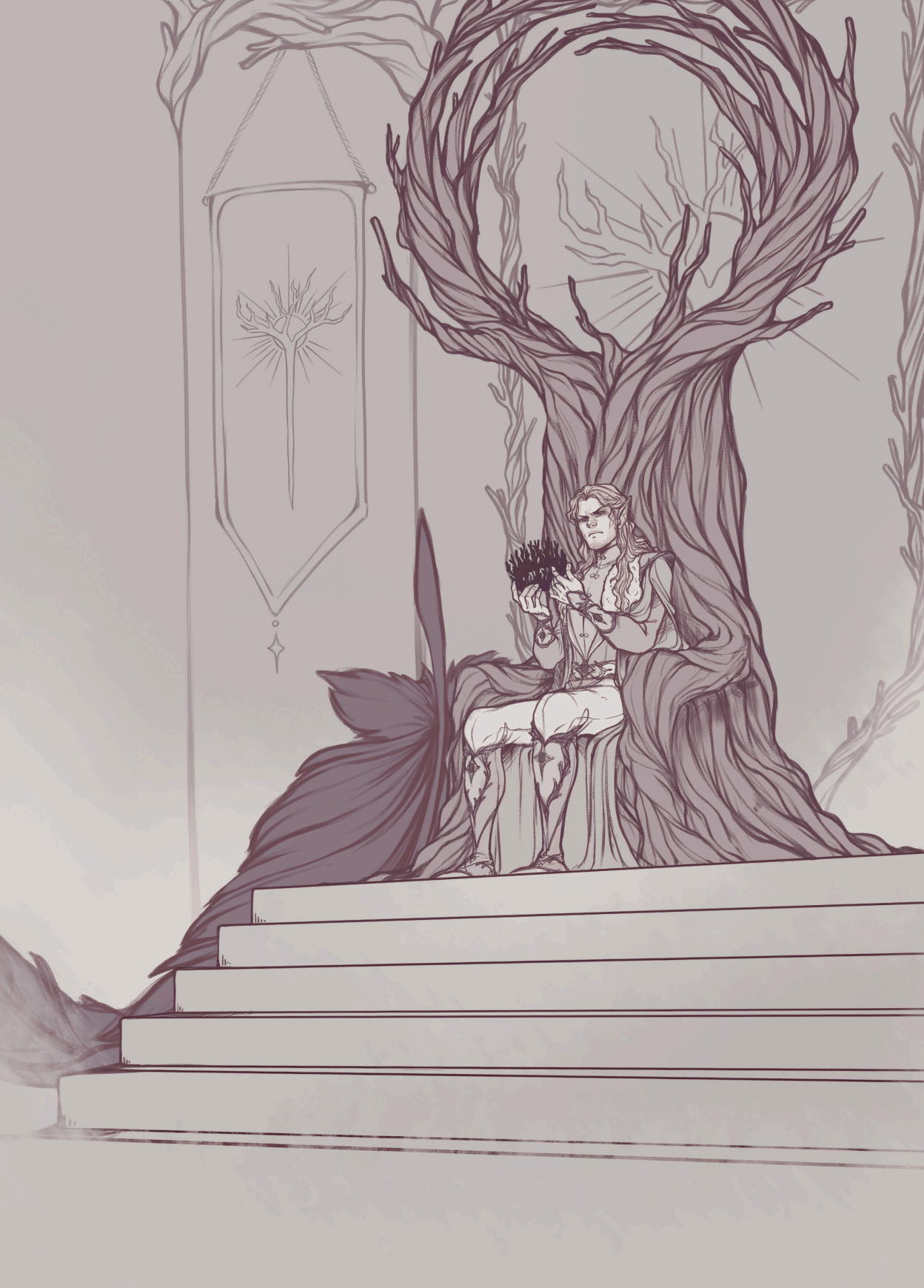
Arekaia mantenía la vista fija en el suelo, su atención lejos de los bellos detalles... De repente su corona se sintió incómoda, algo inclinada de un lado sin importar cuánto batallara por corregirla; irritado, decidió quitársela sintiendo un tirón en su cabello liso y canoso... Bufó, y mientras la veía pudo sentir su mirada silenciosa de vuelta, atrapada por el cristal antiguo y opaco que ante la luz reflejaba destellos verdes y azules hipnóticos con una gran esmeralda en su centro. Todo un espectáculo de poder y prestigio al cual ya todos estaban acostumbrados, una corona digna de un rey eterno.

Arekaia era el segundo gobernante y el segundo en llevar el nombre, en honor a su padre; había vivido más tiempo que cualquier elfo en la tierra y su reinado era demasiado extenso.

Los rumores decían que su longevidad excesiva era fruto de la magia, lo sabía, pero nadie se atrevía siquiera a preguntar, y él no tenía por qué dar explicaciones de nada, pues le debían respeto no solo por su título, sino por su tiempo ocupado en mantener a Zetyron como un reino intocable, al margen de los problemas externos. Después de todo era rey hasta donde sus fronteras se lo *dictaban*... aunque ahora debía lidiar con una criatura que claramente no respetaba esos asuntos.

Los dragones eran un mito, se pensaba que habían vivido en tiempos de los gigantes usados por los dioses para crear los continentes, o





en otro plano de la existencia. La presencia repentina de uno sobrevolando los cielos como si fuera el dueño del lugar, dejando sus enormes plumas y nidos por todos lados, tenía al continente a la expectativa, y a él con los nervios a flor de piel, pues era una de las manifestaciones de magia más caótica y pura, una criatura extraña y desobediente vinculada a la tierra. Arekaia no entendía la indiferencia de su Consejo respecto al dragón, pues representaba todo lo que el reino debía evitar. Lo que él quería evitar.

Lanzó la corona lejos y escuchó el golpe como un chillido agudo en la distancia, resonó con la acústica de la sala y fue secundado por un soplido cuando se esfumó del suelo y reapareció acomodada en el trono, en la parte más alta, donde las ramas formaban un marco circular. Ahí se quedaría flotando, intacta.

Sin inmutarse por eso, se puso de pie y caminó hasta el portón, apresurado.

Del otro lado, sus caballeros abrieron al escuchar sus pasos y le hicieron una profunda reverencia.

—Manden a llamar a Lira. Que venga a mi estudio.

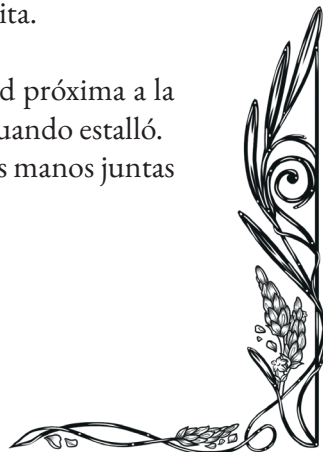
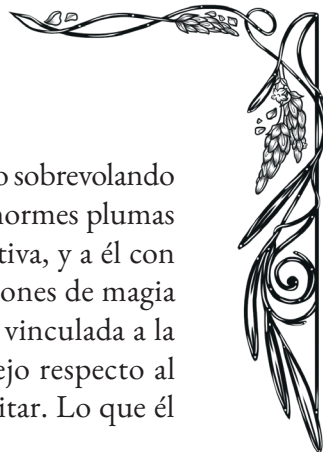
No fue necesaria una respuesta. Él simplemente continuó andando por el pasillo, alejándose seguido por el eco del portón cerrándose. Pesado y difícil de empujar.



—Princesa, disculpe mi interrupción. El rey la solicita.

Un jarrón salió volando y se estrelló contra la pared próxima a la puerta desde donde era llamada, regando agua y plantas cuando estalló.

La sierva dio un leve brinco con la cabeza gacha y las manos juntas sobre la falda, en reverencia a la posible futura soberana.



Castaña, de cabello rizado largo y trenzado con arreglos de orquídeas y esmeraldas, como prendedores que peleaban en protagonismo con sus ojos verdes, la princesa se erguía con las mejillas sonrosadas y respirando con fuerza como prueba de su frustración, en medio de uno de los jardines asignados a su ala del árbol; la rodeaban muchos más jarrones y macetas destrozados, enmendados en silencio por la magia de sus siervos.

—Gracias por el aviso. —Inhaló hondo, se frotó las manos y se miró las palmas con sentimientos mezclados.

La jovencita menuda se inclinó un poco más y desapareció cerrando la puerta.

—Estoy seguro de que logrará dominarlo eventualmente, princesa.

—Es más positivo que yo, mi señor.

Un joven noble de amables ojos marrones y sonrisa gentil se acomodó frente a ella y sostuvo sus manos para darles un apretón suave, suspirando de hastío ante la larga tarde de acompañarla para limpiar los desastres de sus entrenamientos. Su piel trigueña estaba pintada de un furioso rosa que delataba su actividad física.

—Alguno de los dos debe mantenerse de esa forma.

Ese comentario le sacó una risa a ambos, relajando el cuerpo tenso de la heredera, entonces él la soltó para estirarse y mover los brazos en círculos, buscando aliviar sus propios dolores de ese día.

—Por ahora le recomendaría ir con el rey. No queremos impacientarlo.

—Es un genuino martirio cuando se impacienta.

—Me reservo mi derecho de opinión.

Lira le dio un codazo y volvió a reír, antes de finalmente retirarse seguida de sus siervos, silenciosos y ágiles como ratones.

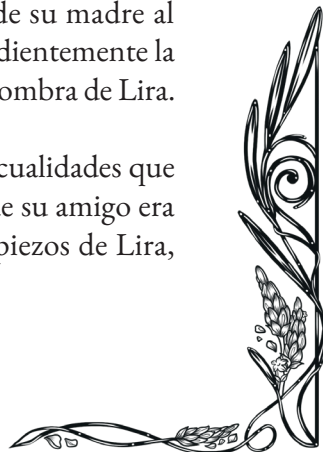
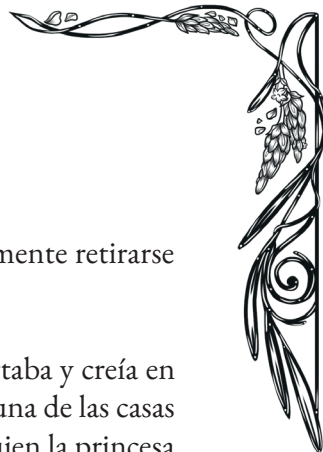
Cael, ese era el nombre del único amigo que soportaba y creía en su alteza, el último hijo respaldado por tres hermanos de una de las casas nobles más fuertes del reino: los Monforte. Era aquel a quien la princesa le confiaba sus inseguridades, consciente de que nadie tenía esperanzas de verla ascender, después de todo, Lira no era la primera princesa heredera, ni siquiera era hija de la primera reina. Su única ventaja era estar viva.

Cael no podía evitar pensar repetidamente el asunto mientras caminaba por los pasillos hacia la salida del palacio tras despedirse de ella, escoltado por dos miembros de la guardia y su padre, Aekerman Monforte, quien eventualmente se unió en absoluto silencio luego de su reunión privada con el rey, y lideró la marcha.

En la puerta lo recibió su madre, Eleanor Santana, una mujer que imponía respeto, hija de una familia que, aunque no pertenecía al Consejo del rey, era poderosa en el reino por sus embarcaciones; de ojos azules intensos contrastados con su piel oscura y cabello negro; quien para él siempre tenía una amplia sonrisa y un cálido abrazo permitiéndole esconderse unos segundos y drenar algo de su agotamiento.

Ella había insistido en aprovechar la cercanía de edad entre Lira y Cael para posicionarlo como una figura de confianza y compañía ante los ojos de la heredera. Cael no entendía la insistencia de su madre al respecto, pero sabía que no debía retar su autoridad y obedientemente la dejó llevar las riendas de la situación convirtiéndose en la sombra de Lira.

El desparpajo peculiar de la princesa era una de las cualidades que más los había unido; sin embargo, en ocasiones además de su amigo era su niñoero y entrenador; en esa medida, por algunos tropiezos de Lira,



Cael había aprendido a esquivar la ira del rey, quien lo amonestaba aun cuando él no hubiese tenido nada que ver.

Inconscientemente, adoptó un mecanismo de evasión manteniéndolo en un estado de alerta cuando estaba en el palacio, así podría retirarse de una situación en el momento adecuado y librarse de las consecuencias de la persistente desobediencia de Lira.

—Imagino que las horas en el palacio hoy fueron de provecho.

La mirada de su madre lo sacó de su propia mente al instante, haciéndole entender que estaba preguntando específicamente por los entrenamientos de magia; aunque Cael estuvo dispuesto a contarle sin entrar en demasiados detalles, Aekerman, sin notar la dirección de la conversación, alzó la voz primero.

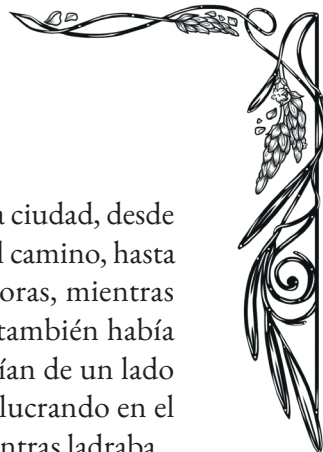
—No sería la forma en que definiría la situación —La frustración era perceptible en sus palabras mientras subían al carruaje descapotado, haciendo que Eleanor se acercara a darle un apretón conciliador en el hombro—. Este... enemigo imaginario... No hay palabras que hagan entrar al rey en razón.

—Te lo he dicho antes, convencer a los Vereban de que están mal es igual a hablar con una piedra...

—A este ritmo los hijos de la luna no le seguirán sirviendo como excusa —continuó Aekerman—. No han hecho nada en siglos.

...desde la Guerra, le susurró su propia mente, siguiendo el hilo de la conversación en la que no participaba.

Sus padres continuaron hablando largamente sin darle pie a intervenir, lo cual agradeció, pues su agotamiento le pedía silencio y su mente se negaba a quedarse en ese lugar, absorto en diferentes pensamientos que iban y venían, fijándose en los elfos pasando alrededor del carruaje.



Dejó que su atención se volcara en el panorama de la ciudad, desde los puestos callejeros de bebidas calientes y comidas para el camino, hasta las personas sentadas a las afueras de sus casas en mecedoras, mientras charlaban con sus vecinos o solo veían la tarde avanzar; también había padres vigilando desde la puerta a sus hijos, quienes corrían de un lado para otro con otros niños, incluso, notó a un grupo involucrando en el juego a un perro callejero que se unía con entusiasmo mientras ladraba.

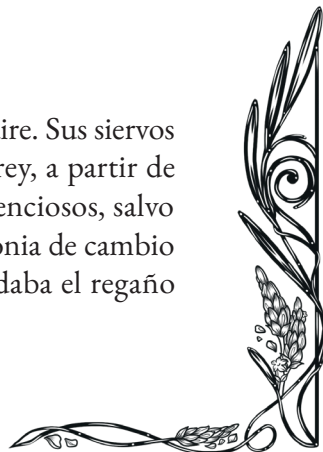
Las sombras se mostraban más largas y oscuras; los pájaros regresaban cantando a sus nidos sobre las tejas de las casas, o entre los árboles más pequeños plantados al lado de los que sostenían sus estructuras.

Cuando recuperó la noción del tiempo y de su propia existencia, ya estaban bajando para entrar a su casa y el sol casi terminaba de ponerse detrás de la cordillera, el cielo pintado de azules y morados y el aire más frío. El sonido de la fuente, en el patio principal, trajo a su cabeza el pensamiento distante de si esa noche estaba programada para llover, mientras subía las escaleras hacia su habitación, recordó que eso ocurriría en dos días.

Si alguien se fijaba en los límites del viejo domo mágico encima, el reino podría ver las nubes negras sobre el bosque en temporada de lluvia, las cuales eran empujadas fuera de Zetyron, dejando recuerdos del frío nuboso que no lo tocaría... Pero la atención a detalles tan pequeños no era algo importante para los zetyrios.



Lira dio tres golpes y se paró más erguida al tomar aire. Sus siervos se habían ido llegando al ala del árbol perteneciente al rey, a partir de allí fue escoltada por los miembros de la guardia real, silenciosos, salvo por sus pasos metálicos detrás de ella. Cuando esa ceremonia de cambio de servidumbres pasaba entre las alas del palacio, recordaba el regaño



insistente de su padre sobre permitirle a un caballero jurarle lealtad y volverse su sombra, en esos intercambios jamás dejaría su costado (nunca, en realidad), y esa idea la incomodaba. De todas formas, con Cael le bastaba, aun cuando él no usará una brillante armadura estando con ella.

Los caballeros dentro abrieron la puerta, y hasta que no terminaron, ella no avanzó.

Lira caminó con las manos tras la espalda, mientras su padre enviaba un ademán desinteresado, haciendo a los soldados desfilar hasta estar fuera y cerrar, como un río partido por una gran piedra; ella se detuvo frente al largo escritorio del rey. El estudio era una de las salas privadas más grandes del palacio, además del dormitorio real y las habitaciones como la suya y las de su hermano, hermanas y antiguas reinas. Allí las estanterías estaban repletas de pergaminos, libros viejos y nuevos, algunos luciendo como antiguas manchas de polvo en las esquinas más altas, los cuales habían sido escritos en Zefheron, el primer idioma hablado entre los elfos del reino, y ahora limitado a la familia real y a las familias del Consejo.

—Ya vine, padre —el silencio no le gustaba en presencia del rey, quien no se había detenido a mirarla y apretaba sus sienes mientras leía los pergaminos extendidos en la mesa.

—Me di cuenta.

Si Cael no le recordara constantemente cómo controlar su expresiva cara, no solo habría exhalado con fastidio, también habría rodado los ojos.

—¿Para qué me mandó llamar?

Por fin la miró con una ceja alzada y un escrutinio demasiado meticuloso sobre su aspecto. Casi veía venir el comentario sobre el porte adecuado no solo de una princesa, sino de una hija suya.

En su cabeza, podía repetir ciertas palabras como un mantra, cuando el rey la criticaba por cómo lucía, disfrazando su verborrea con la excusa de proteger su presentación ante el reino, aunque, ella sabía en el fondo que jamás le gustaría cómo se veía; siempre juzgando sus peinados, sus vestidos, su tono de voz o cosas ridículas como su cabello marrón o el color verde de sus ojos. Todo por el incómodo parecido con su madre.

—*Dar comtraz itt drako* —Pero no. No fue nada de eso. Esta vez la estaba poniendo a prueba sobre su dominio del Zefheron—. *Ninguo in ik mangor iosa riguernit. Divero fedrernos carionde.*¹

—*¿Divero? ¿O diver, padre?*²

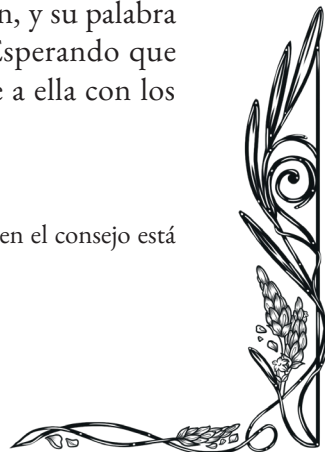
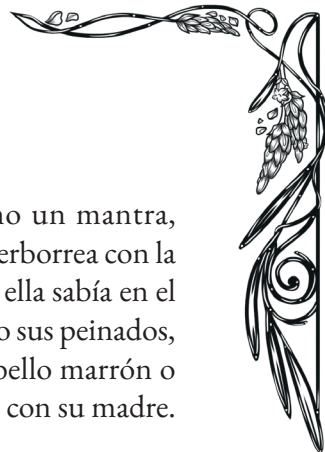
Su respuesta inmediata le causó una sonrisa torcida al rey colocándose de pie mientras la veía fijamente, cualquiera podría pensar que se trataba de orgullo, pero Lira nunca esperaría eso de su padre; siempre era consciente de sus pruebas. Mantuvo la vista al frente, orgullosa y tensa aun cuando él caminaba a su alrededor despacio, con las manos sujetas tras la espalda y los ojos fijos en ella, como un depredador esperando, no era cómodo, pues con cada segundo bajo ese extraño escrutinio su deseo de irse aumentaba, pero ceder era darle el gusto de verla derrotada y obediente, y se negaba a hacer eso.

—Tu pronunciación es extraña.

En realidad no lo era, sin embargo, llevarle la contraria no le beneficiaría, pues él no aceptaba ningún tipo de objeción, y su palabra debía ser tratada como ley. Se mantuvo en silencio... Esperando que terminara sus rondas de escrutinio para ubicarse frente a ella con los brazos cruzados y el gesto más ceñudo de su arsenal.

1 Traducción del Zefheron: La amenaza del dragón. Nadie en el consejo está preocupado. Debemos hacernos cargo.

2 Traducción del Zefheron: ¿Debemos? ¿O debo, padre?



—Practica más, con esa manera de hablar un idioma tan antiguo y valioso para la familia real, no vas a...

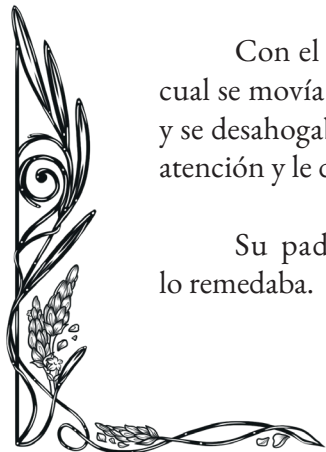
Sintió cómo se le apagaba el cerebro al instante, aún así, se concentró en no cambiar su expresión neutra y lejana, repitiendo en su cabeza los consejos que algunos le habían dado hacía ya un tiempo sobre el control de su explosivo ánimo, el cual ya le había causado tantos desastres en los entrenamientos mágicos y también en la relación con su padre. Ni siquiera recordaba quién o quiénes se los decían. Probablemente algunas nanas de su infancia, porque las voces en su cabeza eran gentiles.

“A mí a veces me ayuda imaginar un jardín, princesa. Si le gustan mucho las flores puede visualizarse cuidándolas. Quizás la tranquilice y la distraiga”.

Eso hizo, como si lo tuviera ahí frente a ella.

En la periferia de su conciencia todavía veía a su padre explayándose y usando los manierismos usuales con los que se quejaba de algo suyo, pero, en su mente ya se paseaba por ese jardincito mental donde habían muchas plantas, le gustaba regarlas o echarse en el césped a mirar el cielo; en ese jardín todo florecía como le entrara en gana, sin buscar limitarlas, ni diseñarlas con formas particulares para el deleite visual de nadie, solo crecían y se enredaban entre sí; algunas morían por falta de sol y otras se mantenían fuertes.

No intervenía demasiado, se sentía más como una invitada en la casa de otras criaturas.



Con el paso de los minutos decidió ir a hablar con un girasol, el cual se movía buscándola mientras ella se paseaba de un lado para otro y se desahogaba. La flor no le respondía, pero presentía que le prestaba atención y le daba la razón.

Su padre la señalaba de pies a cabeza y bufaba. El girasol lo remedaba.

Dos pasos largos hacia la derecha, con el ceño fruncido y la nariz arrugada con disgusto. El girasol parecía girar la cabeza con incredulidad. Media vuelta y caminar hacia el otro lado.

—¿Qué haré con el dragón, en todo caso?

Arekaia se detuvo en seco.

Tuvo que decirlo, ya había aguantado suficiente tiempo sus críticas y cualquier lugar o actividad era mejor para ese punto.

—¿Disculpa?

—Me mandó a llamar por la amenaza del dragón. Pero no me ha indicado qué debo hacer al respecto.

La esquina de los labios del monarca se alzó y sus ojos pardos se entrecerraron.

Lo vio inhalar hondo y se preguntó si él también se imaginaba algún espacio falso mental para calmarse. ¿Un cuarto deprimente y lleno de gente en eterna reverencia? Probablemente.

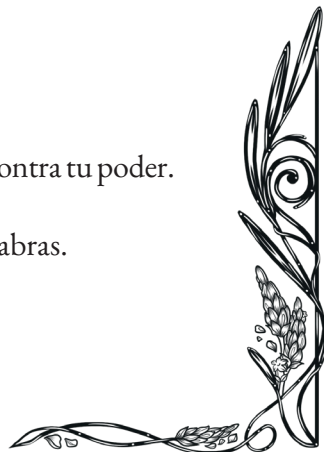
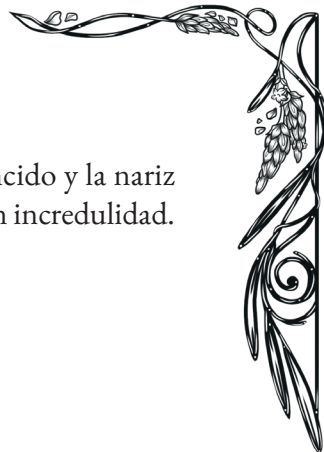
—Te harás cargo de matarlo.

Soltó una risa por reflejo, convencida de que no estaba hablando en serio y por alguna retorcida razón le provocaba gracia jugar así con temas tan delicados. Sin embargo, el silencio se prolongó y la seriedad en el rostro del rey le heló la sangre. No podía ser verdad...

—Eso sería suicida.

—Eres mi hija. Una Vereban. Un dragón no es nada contra tu poder.

—Claro —"entonces hágase cargo". Se tragó las palabras.



—Tendrás tres semanas para prepararte. Luego partirás con una cuadrilla de la guardia real como tu escolta. Espero que tu regreso sea con su cabeza.

Se quedó quieta en su sitio un rato, procesando la información o esperando algo más, no estaba segura de qué, pero Arekaia terminó de hablar, dio media vuelta y regresó a su escritorio, como si no la hubiera sentenciado a morir.

Ofreció una venia como única respuesta e hizo el amago de caminar, deteniéndose al recordar que no se le había ordenado irse.

Se irguió en una pose demasiado rígida y volvió a ver a su padre, quien ya le dirigía una sonrisa de suficiencia.

—Puedes retirarte.

Y así lo hizo, en silencio y con rapidez.



Tres semanas no era suficiente tiempo para mentalizarse y darle la bienvenida a la muerte.

Se notaba entre el personal del palacio que la princesa heredera no estaba de buen ánimo, pues no había recibido a Cael, ni a nadie después de su reunión con el rey y se había encerrado en su estudio, pidiendo a los bibliotecarios del reino toda clase de información concerniente al mundo exterior, sin embargo, como Zetyron no había necesitado mucho de otros reinos o ciudades para subsistir, los datos eran insuficientes, además, el domo mágico no solo había creado una sensación de seguridad y un entorno de naturaleza imperturbable, sino que aisló a todos completamente.

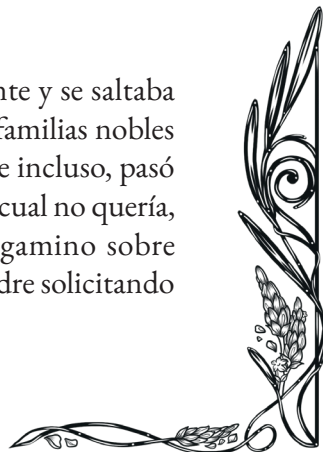
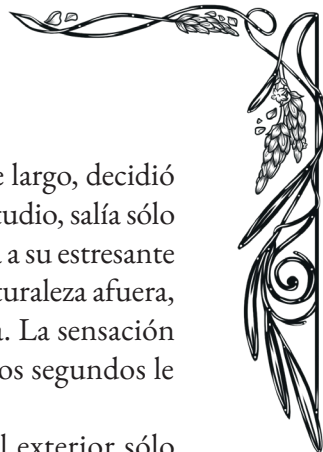
Maldecía a su abuelo por poner esa barrera, maldecía también a su padre, por ser un cobarde incapaz de salir del reino y, a su vez, maldecía

el momento cuando ese dragón, de más de cien metros de largo, decidió sobrevolar el continente. No comía, ni dormía fuera del estudio, salía sólo para ser arreglada cada mañana por su servidumbre y volvía a su estresante tarea de buscar información útil acerca de dragones y la naturaleza afuera, o el clima desconocido más allá del domo, cualquier cosa. La sensación de ser empujada a un mundo bestial que la tragaría en dos segundos le carcomía el estómago.

Todo sobre los dragones se había esfumado y del exterior sólo encontró relatos sobre las batallas durante la guerra contra los hijos de la luna, hacía ya tanto tiempo. Había un especial énfasis sobre aborrecer la manera como sus enemigos interactuaban con el bosque y sus migraciones de acuerdo a los cambios de temperatura; aunque también culpaba a los hijos de la luna por el aislamiento del reino, encerrados en una burbuja mágica, el odio en los textos opacaba la posible utilidad de los datos. Esto era más el chisme de un vecino rencoroso, impidiéndole hacerse una idea real del mundo.

A mediados de la segunda semana, se rindió sobre encontrar algo entre los archivos solicitados bajo su orden; entonces, se coló en el estudio de su padre, mientras él dormía, para buscar entre los cientos de pergaminos antiguos algo que pudiera ser de ayuda; no podría leerlos todos, pues algunos se volvieron un borrón difícil de entender, requiriendo el mayor cuidado y paciencia para no terminar de arruinarlos (más por descuido del rey, pues podían ser restaurados) e igualmente, no quería irse demasiado lejos en el tiempo para leer las opiniones de sus abuelos, pues no era tonta y el mundo cambiaba a diferencia del reino, por lo tanto, fiarse de datos viejísimos tal vez no le convendría en lo absoluto.

Hacía léidas rápidas por la información más reciente y se saltaba datos en ese momento irrelevantes como informes de las familias nobles del Consejo, registros de sus hermanos y antiguas reinas, e incluso, pasó de largo un pergamino con información sobre su madre el cual no quería, ni tenía por qué leer... Sólo consiguió dar con un pergamino sobre dragones, diferente de los incesantes manuscritos de su padre solicitando



al Consejo actuar respecto al tema. Irónicamente, se lo topó en uno de los archivos viejos, es decir, escrito en Zefheron, con el pulso tembloroso de quien intenta copiar la caligrafía de alguien más. Había algunos lugares donde la tinta estaba corrida, como si quien lo hubiera escrito apoyara la mano sobre el papel; este se encontraba guardado junto a otros tantos con especial cuidado y un toquecito de la magia más antigua y fuerte, escondido en una de las repisas más altas.

“Sunò dar criato ist des tris dueris. Ishat, Tuoma urt Suesh perganno nue acortum urt gestrae ik libro idriale. Silverchia, Vitu urt Mortur in enue crislata.

Erasuor des ievatros ist des mundus antas ist kia des dueris utera a des kilantis per federe des terrursires. Siur arritis kia siur erasuor ar aliu triano, o kia siur isconfatto enien noios. Ninguo tiver zertiuro”.³

Equilibrio perfecto. Nunca imaginó que un dragón pudiera ser una cosa en la cual los dioses habían juntado las tres fuerzas opuestas y a su vez complementarias, encargadas de sostener todo. Sin embargo, ahí estaba ese texto viejo y muy bien conservado contradiciendo su percepción. A pesar de la poca información, presentía que, entre ese montoncito de pergaminos pequeños, enrollados y almacenados celosamente, encontraría algo útil, entonces, se encargó de acomodar todo lo demás como si no hubiese hurgado por el recinto y regresó a su estudio con el mismo cuidado con el que entró al de su padre.

3 Traducción del Zefheron: Son la creación de los tres dioses. Ishat, Tuoma y Suesh lograron un acuerdo y generaron el equilibrio ideal. Naturaleza, Vida y Muerte en una criatura.

Fueron los transportadores de los mundos antes de que los dioses usaran a los gigantes para hacer los continentes. Se cree que se fueron a otro plano, o que se camuflaron entre nosotros. Nadie tiene certeza.